

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LAS RENTAS DE LA GUERRA CIVIL

La experiencia del final de la guerra civil y su transición al régimen victorioso me enseñó muchas cosas. Cualquier posición, por extrema que hubiese sido, fue perdonada, siempre que fuese acompañada de traición. Toda actitud mantenida con lealtad, por mucha que fuese su moderación, fue sancionada implacablemente. Todo el que no se «entregó» fue excluido. Esto privó a España de algo que hubiera sido esencial: la presencia de los vencidos —aproximadamente la mitad del país— en la vida pública, su incorporación sin abdicación, la aportación de sus puntos de vista —y su parte de razón— a la convivencia nacional. La falta de generosidad del régimen fue su más grave y persistente error, aquel cuyas consecuencias son hoy el mayor obstáculo a la normalización de la vida. Piense el lector en dos campos de los que algún día habrá que hablar en serio: la Universidad y la Prensa.

Los que no fueron excluidos a rajatabla o no se excluyeron voluntariamente, los que dimitieron de sus convicciones o preferencias, no se limitaron a «adaptarse» a las circunstancias, sino que se lanzaron a lo que Ortega llamaba «hiperadaptación». Lo que alguien hace para que no le corten la cabeza, lo metan en la cárcel o lo dejen morir de hambre —decía Ortega— está justificado y es lícito: es «adaptación»; el ir más allá de lo necesario, hacer gestos de aprobación y elogio, saludar a quien no lo merece, alabar a quien no tiene valor, aplaudir servilmente, eso es dañosa «hiperadaptación», que corrompe al que la practica y, de rechazo, a la sociedad entera.

Andando el tiempo, se vieron los espectáculos lamentables de algunos disidentes que, cansados de esperar en las «tinieblas exteriores», de estar al margen de la vida pública, o en el exilio, aparecieron llevados de la mano por los que representaban lo que siempre les había repugnado, lo aceptaban todo, sin crítica, e invalidaban así en un momento largos años de esfuerzo, sufrimiento y dignidad. Y esto, cuando ya era innecesario, cuando se podía vivir —al menos privadamente— siendo quien se era y sin demasiados contratiempos: otro caso extremo de «hiperadaptación».

Ahora se están produciendo otros «cambios de campo», en sentido contrario, es decir, para usar la expresión más usual, aunque confusa y poco inteligente, de derecha a izquierda. No me refiero, claro es, a los que, después de haber combatido del lado de los vencedores, con entusiasmo inicial o al menos la convicción de cumplir con su deber, se sintieron pronto desencantados, defraudados, acaso arrepentidos, y obraron en consecuencia. Sólo nombraré a un muerto: Dionisio Ridruejo. Hace poco, un hombre que participó en el alzamiento y combatió como capitán decía: «No puedo decir que lo hice para defender la democracia, porque esto no sería cierto. Yo, como tantos otros, me levanté simplemente contra la anarquía, contra el so-

LOS CAMBIOS DE CAMPO

cialismo revolucionario que derivaba al comunismo. Pero de lo que no cabe duda es de que no me levanté para implantar una dictadura». Esto es perfectamente correcto, expresión sincera de lícitos cambios de postura.

Lo inquietante es que los que lucharon con entusiasmo y tal vez con ferocidad por los que fueron vencedores, los que excluyeron —o persiguieron— a los vencidos y discrepantes, los que participaron activamente y con fervor en el régimen, en sus fases más duras, opresivas y represivas, cuando las prisiones estaban rebosantes y toda libertad eliminada, los que exaltaban esta política, y la de Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini en los periódicos vedados a los demás —no pude escribir un artículo en un diario español hasta 1951—, hasta felicitar al emperador del Japón por la ocupación de Manila, se sientan invadidos de repente entusiasmo por aquellos a quienes políticamente destruyeron, y muestran insuperable repulsión o desprecio por las fases recientes del régimen, incomparablemente más atenuadas, matizadas y vivideras, o por la situación de estos últimos meses.

¿A qué se debe este extraño fenómeno? En algunos casos, el afán de «hacerse perdonar» que lleva hasta el otro extremo, con el típico celo del «converso». Son los que piensan que, si se quedan en una postura moderada, no se van a fiar de ellos o no van a hacer suficientes méritos. Entran, por su propio pie y antes de tiempo, en lo que podríamos llamar un proceso de depuración.

En otros casos, se trata más bien de lo que podríamos llamar «espíritu totalitario», más difícil de desarraigar de lo que parece. Hay un ejemplo interesante: el de los eclesiásticos que, tan pronto como la Iglesia ha superado el espíritu inquisitorial, hasta la supresión de su último vestigio institucional, la Congregación del Santo Oficio, se han sentido molestos y se han orientado hacia la Inquisición más próxima. Mientras tantos millones de católicos, innumerables sacerdotes entre ellos, han respirado con alivio y han sentido que la Iglesia iba a recuperar su condición religiosa, los que la entendían como algo beligerante y opresivo han perdido pie en un ambiente de libertad y han reaccionado de una de estas dos maneras, en el fondo muy parecidas: o atrincherarse en una Iglesia hostil e intolerante —con la que la Iglesia actual ya no se identifica— o buscar otra trinchera donde impere ese mismo clima que se añora.

Todo esto es más o menos lo contrario del examen de conciencia y el espíritu de enmienda. La manera de superar definitivamente la escisión de España en dos, es decir, la discordia, consiste en reconocer los excesos y las injusticias que se han cometido y rectificarlos; y en un paso más, prescindir de aquellas porciones del propio programa, de las propias pre-

ferencias, que aún siendo legítimas son gravemente ofensivas o inconvenientes para otra parte del país. Si esto se hace por ambas partes, todavía quedarán muchas diferencias y fricciones, discrepancias y motivos de lucha, pero la convivencia no está amenazada. Lo grave es que se acepte «la sinrazón del otro», que se reniegue del núcleo de justicia que tenía la vieja causa que se defendió en otro tiempo hasta la muerte, la única excusa que se podrá alegar en el último día para haber promovido o aceptado la discordia.

Los beligerantes de la guerra civil eran «fasciosos» o «rojos», respectivamente, para sus enemigos. Ellos preferían llamarse a sí mismos «nacionales» y «republicanos». Aceptamos ahora sus propios nombres —aunque no estoy seguro de que siempre los merecieran—. El torso de justificación de los «nacionales» era, si no me equivoco, la afirmación de la «continuidad histórica» de España y de su «unidad nacional», ambas amenazadas por fuerzas adversas. Los «republicanos» significaban la exigencia de libertad y de «justicia social».

Formuladas así las cosas, se advierte el tremendo, trágico equivoco de la guerra. ¿No eran las cuatro cosas conciliables? Más aún, ¿podían salvarse aisladamente, una sola o una pareja, sin las demás? ¿No fueron las ambiciones secundarias, parasitarias, probablemente inconfesables, las que llevaron al desastre?

Parecería llegado el momento de verlo así, de intentar construir una España coherente consigo misma, dueña de toda su historia, fiel a su vocación de gran nación europea, inspirada por la libertad de su conjunto y de cada una de sus partes, hasta los individuos, regida por la justicia y, por tanto, también por la justicia social. ¿Hay acaso alguna contradicción? ¿No hay más bien un sistema indivisible? ¿No es locura —o algo peor— abrazar las porciones peores, erróneas, fracasadas, del antiguo adversario, aquellas que fueron hace muchas años olvidadas por éste?

En el fondo, lo que allenta en esas posturas equivocadas es la vigencia del totalitarismo. Los que no creen en otra posibilidad política, piensan que al liquidarse uno se entra en otro. Y hay que prepararse. Pero la democracia es lo contrario: es el régimen en que no hace falta la deslealtad, en que se puede y se debe seguir siendo quien se es. El sistema en que, cuando se pierde, no se va al patíbulo, a la prisión, al destierro o al ostracismo y la catácumba, sino a la oposición, que es una función política tan digna e importante como el gobierno. Y para ser la oposición no hay que abdicar de las convicciones propias, sino al contrario: afirmarlas, afilarlas, esgrimir las con destreza y gracia, a cara descubierta.

Julión MARIAS

NO HAY PALABRAS VACIAS

PACIENCIA PARA LEER

OTRA ventaja a la orden del día —la semana pasada me referí a «la tecla que libera»— es lo que suele llamarse la «lectura rápida», o algo por el estilo. Lo ignoro todo de esta técnica, y valga la confesión de antemano. Pero la idea no podía ser más oportuna. Una cantidad considerable de ciudadanos, por algún motivo de oficio o beneficio, se ven obligados a leer muchos, muchísimos papeles a lo largo de la jornada. Y se les plantea el problema del tiempo. Uno de los pocos rasgos de ingenio atribuidos a don Miguel de Unamuno que caben ser citados sin que quien lo haga se ruborice, es aquella broma acerca del proverbio «el saber no ocupa lugar». De broma, nada. «El saber no ocupa lugar, pero ocupa tiempo», dicen que decía el egregio rector de Salamanca. Tenía más razón que un santo, desde luego. Puede que también sea un asunto de «lugar»: las células de nuestro sistema nervioso encargadas de la memoria deben de tener una capacidad de agente limitada. O no. Dejo el dictamen a los especialistas. Pero lo del «tiempo» no admite discusión. «Saber» es «aprender», y, de momento, el procedimiento de la letra, impresa o manuscrita, sigue siendo insustituible. O «saber» es «estar informado», y repito la coletilla, con el añadido de la mecanografía burocrática. Púese eso: el tiempo.

Hasta casi anteaer mismo, para «saber» algo —desde la alta filosofía hasta el negocio más potente— no hacía falta demasiada lectura. El mundo de las nociones elevadas, metafísicas o sencillamente físicas, era de dimensiones modestas, y lo mismo el área de la compra-venta. Las complicaciones actuales, que no harán falta ni siquiera enunciar, nos sitúan a todos —insisto: a todos— ante la necesidad de leer

paquetes oprobiosos de material, según las propias especialidades. El individuo dedicado a las ciencias —las divinas y las humanas y, sobre todo, las naturales (y el resto)— tiene ante sí un alud bibliográfico a examinar, anual, mensual, semanalmente, si desea estar al tanto de lo que ocurre, se descubre o se refuta en el ámbito de su profesión. El economista, el político, el sociólogo, se encuentran aún más afligidos, ya que, además de los libros y las revistas del ramo, han de atender a la irrucción de estadísticas, de cuestiones, de chismorreos diplomáticos, de disturbios y enturbios, a partir de la cual ha de proferir su opinión o su decisión. Del difunto Kennedy se cuenta que practicaba la «lectura rápida». Para enterarse una miadja de lo que caía bajo su competencia, ¿qué podía hacer, si no? No eran suficientes los reportes verbales de sus asesores. La concentración de poderes comporta esta amargura.

Yo no entro ni salgo en la eficacia del método. Me ilimito a reconocer que un Kennedy, el equivalente del lado contrario, o se valía de la «lectura rápida» o se perdía en una marea de escritos agobiantes y de intrigas de subsecretaría. Las nuevas «monarquías absolutas» —U.S.A., U.R.S.S., para mencionar sólo las grandes— necesitan, a sus máximas alturas, un fulgo que domine la «lectura rápida». Según parece, el truco consiste en sacarle el justo jugo de noticia o de concepto a un bloque de páginas, con sólo darles una ojeada. Uno piensa en los riesgos implícitos en la aventura, y se le pone la piel de gallina. Las páginas en cuestión ¿merecen crédito? El «lector rápido», ¿lee, al leer así, como es debido? El temor, el miedo resuelto, resulta lícito: no importa, ahora, el color de la «autocracia». De ambas grandes —y

únicas que cuentan— «monarquías absolutas», lo acongojante son los dispositivos bélicos, nucleares naturalmente, y sus estrategias. Un asno, un esquizofrénico o un simple lector a la antigua usanza, en la Casa Blanca o en el Kremlin, podrían desencadenar tremendos desastres sobre la humanidad subalterna, a la que pertenecemos mi lector y yo.

Escribo: «mi lector». Y enseguida me pregunto «cómo» se me lee, si alguien me lee. Yo procuro escribir con cuidado: sopeso cada sustantivo, cada verbo, cada adjetivo, cada adverbio, antes de enviar el original a los linotipistas. Lo que mi cliente «lee» en un instante, a mí me costó un largo rato de redactar, muchas horas, a veces, por no decir siempre. Ese «desfase» me ha preocupado a menudo. Y suelo cifrar perplejidad en un ejemplo extremo: leer «Le Cimetière Marin» puede hacerse —lo que dice «leer por leer»— en diez o quince minutos; escribir el poema, ¿cuántos días, meses, años, le costó a Paul Valéry? Un artículo de periódico no es, precisamente, «Le Cimetière Marin», y no pido gollerías. Pero he observado que, con frecuencia, el lector, sin dominar la «lectura rápida», lee con abusiva rapidez mi papel, o el papel de cualquier colega. Y concluyen —sacar la conclusión— cosas raras: incluso lo opuesto de lo que uno pensaba decir cuando ponía una letra tras otra. Frente a una «lectura rápida» imprescindible, sigue en pie la otra, la lectura lenta. Un expediente del Pentágono —el yanqui o el soviético—, bien confeccionado, puede ser «leído» en pocos segundos. Un poema, una novela, este mismísimo artículo de periódico, exige más tiempo. Son «lecturas» distintas.

Los «críticos literarios» oficiales u oficiosos no toman en consideración esta eventualidad: la

de la «lectura rápida». Y hacen bien. ¿Cómo podríamos leer «rápidamente» los grandes novelones del XIX, «Guerra y paz», «Los hermanos Karamazov», «El Judio errante», «Maria, la hija de un jornalero», o «Los miserables», o «El condé de Montecristo»? Estos mamotretos se han de leer poco a poco. Y más poco a poco Joyce, y Kafka, y lo posterior. Nada más fácil que una «lectura rápida» de Henry Miller, sin entender a Miller. Pero ¡Kafka! «Guerra y paz» todavía admite la manipulación de un «digest», o «Rojo y negro», o «Los endemoniados». El cándido consumidor de «digests» se pierde lo mejor. El «resumen» es una falacia: sea de una narración, sea de un gorgorito lírico. Leer con rapidez, si eso es «leer», será, en muchos casos, una frustración del hecho cultural de la «lectura». La historia de Anna Karénina, la de Julien Sorel, la de Raskolnikov, la de la gusanería proustiana, la del «Ulises», admiten una reducción a gaceta. De una gaceta sacó Stendhal sus novelas... Leer de prisa será, sin duda, la fatalidad de los estadistas y de los profesores taimados. Los demás, cuando leemos, nos demoramos en las palabras. No hay palabras vacías. Cada palabra es una carga eléctrica. Si se me permite la pequeña metáfora: en un poema, en una novela, en un decreto-ley. Y, si no es imprescindible, hay que leer despacio, con paciencia: que cada lectura sea una tentativa de análisis. Que nadie suponga que unos versos de Valéry merecen una exégetica más urgente que... Que todo lo que nos rodea: la atiborrada y empastada literatura de los semanarios «políticos»... En cualquier caso, «hic et nunc», es peligrosa la «lectura rápida»: política, claro está.

Joan FUSTER

aprenda mecanografía al tacto



- Con todos los dedos.
- Sin mirar al teclado.
- RESULTADOS GARANTIZADOS.
- 75 pulsaciones en 15 días (1 hora diaria).
- 100 pulsaciones en 30 días (1 hora diaria).
- 250 pulsaciones en 45 días (1 hora diaria).
- CADA DIA PUEDE CAMBIAR SU HORA.
- CLASES MAÑANA, TARDE Y NOCHE.

PROXIMOS CURSOS: MIERCOLES -21- ABRIL
LUNES -26- ABRIL

enseñanza audiovisual, s.a.

Centros 1) BALMES en Balmes, 152. (esq. Córcega) Tel: 218-15-12
2) DILVIS en Rocafort, 241. (esq. Córcega) Tel: 239-58-30

JOAN OVEDA MODA MASCULINA FEMENINA

MODELOS EXCLUSIVOS
TODAS LAS TALLAS
PAGO FACILITADO

PL. GALA PLACIDIA, 8 (Vía Augusta). TEL. 217 42 74
PL. PESO PAJA, 2 (Rda. San Antonio). TEL. 242 78 36

TARTAMUDEZ

Corríjase en casa sin profesor con las LECCIONES ACUSTICAS DE ORTOFONIA en 6 cassettes. Luria, 13

ACEG Inglés en Inglaterra

El Anglo-Continental Educational Group (ACEG) le ofrece una enseñanza de inglés altamente cuidada en 11 escuelas.

Si desea recibir una documentación detallada y sin ningún compromiso, diríjase a: ACEG 35 Wimborne Road, Bournemouth BH2 6NA, England. Tel. 29-2128. Telex 41438

ACEG Information Service, Mr B. Molliner, Plaza del Rey 7-1º, Barcelona 2. Tel. 315 98 03 Lunes a Viernes (de 10.00 a 21.00 h.)

Señor _____
Señora _____
Señorita _____
Calle _____
Ciudad DP _____